

De luna vaporosa
Viendo la creacion maravillosa;
Y descubriendo en los hendidos cascos
De los rudos y altísimos peñascos
Los frescos manantiales trasparentes
Que lanzan por las peñas sus vertientes,
Y en los valles frondosos
Tornados en arroyos caudalosos,
O en fuentes cristalinas,
Fecundan florecillas peregrinas
Y espesas arboledas
De extendidos pinares y alamedas.
Y en medio del espacio la parece,
Dó el aire se refresca y se enrarece,
Que alcanza de esmeraldas y topacios,
Pagodas y palacios;
Y las nubes con mágicos celajes
Figuran sutilísimos encajes,
Ejércitos de sombras caprichosas,
Ya fieras ya graciosas,
Que cruzan en diversos pelotones
Del aire azul las cóncavas regiones.
Todo esto enamorada
Sueña tal vez, llevada
En brazos de la sombra que la hechiza,
De la bella vision que diviniza.
Mas, ¡ay! que allá á lo lejos
De un astro ensangrentado á los reflejos
En nubarrón de cárdenos colores,
Preñado de vapores,
De su camino en la mitad se lanza
El pálido fantasma de su hermano,
Y rompe sus delirios de esperanza
Con enemiga é iracunda mano,
Y agitada despierta
De la efectiva realidad incierta.
¡Ay triste... triste Beatriz que adora
Un delirio no mas! ¡cuántos dolores
Te va á traer la venidera aurora
Tras esos pensamientos seductores!
¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

—
¿Qué hace entretanto Carlos?
¿Sueña tambien exaltacion futura?
¿Tendrá al fin que dejarlos
Realizar sus amores, su ventura?
¿Cederá del bandido
Al genio emprendedor? ¿Teme su enojo?
Témelo, si; mas corazon torcido,
Pérfida hipocresía
A oponer va á su arrojo,
Y en su destreza y sus amaños fia.
Cerrado en su aposento,
Cuando aun apenas amaneca el día,
En planta pone su traidor intento:
Y á la sed de venganza que le agita
El corazon cobarde le palpita.

En sus labios que el miedo descolora
Brilla sonrisa atroz; honda revelan
Sus pardos ojos intencion traidora,
Y las miradas de sus ojos hielan.
Difícilmente toma
La desigual respiracion, y el pecho
Que corroe del crimen la carcoma,
Presta al aire sutil ámbito estrecho.
Y le tiembla la mano
Mientras guia la pluma
Con que el intento que emprendió villano
En billete fatal traza y consume.
Dos veces le leyó despues de escrito,
Dos veces le dejó sobre la mesa,
Hasta que halló que en el papel maldito
Su voluntad con su diction espresa.
Otra vez todavía
Le repasó al cerrarle,
Y á cada doble que al papel hacia
Aun tornaba un momento á repararle.
Cerró el billete al fin, púsole oblea,
Y á un jayan despertando
Que en cercano aposento está roncando
Y en quien peligro no hay de que lo lea,
« Toma, le dijo: ¡á Córdoba volando!
Lleva á mi padre ese papel al punto:
Y cuenta con que abrevies el camino,
Que si en horas no llega á su destino
Y no logro mi afán, eres difunto. »
Partió el jayan, y decidido fuese
A obedecer sumiso,
Mas que al jaco que monta harto le pese
El trotar cuesta abajo y por mal piso.
Desde la alta ventana á que se asoma
Vió Carlos doblar la enhiesta loma,
Un « Dios con bien te lleve » murmurando
Y un segundo billete comenzando.
Mas breve y mas conciso que el primero
Fué aquel, y con mas prisa concluido,
Aunque con mas cuidado conducido,
A manos del bizarro bandolero.
Un ladino mancebo, toso astuto,
Largo en malicia si de porte bruto,
Se encargó del mensaje,
Preparando con tiento en su memoria
Una fingida historia
Del término y motivo de su viaje.
Cuyas dos cosas juntas,
Carisimo lector, como que tienen
De misterio sus puntas,
Al caso en este número no vienen;
Y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos
Los relatos y escritos
Dó las causas se ven por los efectos,
Porque escusan prefacios infinitos,
Informarte prefiero, y se me antoja
A vuelta de esta hoja
De lo que sucedió con los billetes,

Y á ello es fuerza, lector, que te sujetes
Aunque la relacion quede algo coja.

IX.

En la noche de aquel día,
Noche negra y melancólica
En que todo en torno calla
Y todo en torno reposa:
En que tardía la luna
Por el horizonte asoma
Entre cenicientas nubes
Que su luz pálida entoldan,
Y en que á renovar convidan
Dulces y antiguas memorias,
El aislamiento del alma,
La soledad silenciosa,
La tranquilidad del mundo
Y el misterio de las sombras,
De pechos en su ventana
Está Beatriz absorta
En secretos pensamientos
Y consigo misma á solas.
El codo en el antepecho,
La sien en la palma apoya
De una mano, y la otra mano,
Dejada á voluntad propia,
Arranca el húmedo césped
Que en el antepecho brota
Con la humedad de la lluvia
Y en la union de las baldosas.
Mas no cual la noche última
Hoy en lo que piensa ignora;
No se elevan sus ideas
En cadena nunca rota,
Naciendo unas dó otras mueren,
Y donde unas se evaporan
Las otras patentizándose
Mas ó menos luminosas
Cual brotan de un manantial
Una, diez, ciento, mil gotas;
No, que esta noche bien sabe
Lo que piensa y lo que llora.
Todo el día en su aposento
Se estuvo encerrada y sola
Pretestando una dolencia,
Mas de su hermano la cólera
Temiendo y las invectivas;
Y Carlos, que al plan que forja
Mucho su ausencia conviene
Para que no lo conozca,
Pretestando al par negocios,
Pasó la jornada toda
Encerrado en su aposento,
Devorando su zozobra.
Así todo el día tuvo
Libre Beatriz, y en penosas
Reflexiones malgastándola,

Hasta que la noche lóbrega
Por la enmarañada sierra
Tendió su manto de sombras
Y ella salió á la ventana.
Zumbaba en las ramas sorda
La voz del viento, doblando
Y estremeciendo las hojas,
Y los picos de las peñas
A lo lejos, y las copas
De los árboles fingian
Mil visiones espantosas;
Enormes masas sin luz
En cuyas enormes formas
La imaginacion mil fieras
Apariciones coloca.
De este nocturno paisaje
La relacion misteriosa
Con sus ideas contempla,
Y no tan encantadora
La sonrie su esperanza
Cual pensó la noche próxima;
Y el mar de su porvenir
Mas recio viento alborota.
Las palabras de su hermano,
La resolucíon briosa
Del bandido, guerra abierta
Entre ambos á dos denotan.
Ofensas hay de por medio
Que su hermano no perdona,
Secretos hay que el bandido
Defienderá á toda costa.
Monja ha de ser (dijo Carlos)
Aunque cuanto valgo esponja
Si va mi cabeza (dijo
El otro) no será monja.
Nada la dijo su hermano
En palabras injuriosas,
En denuestos ó amenazas;
Aun no ha espresado su cólera,
Ni aun se ha puesto ante su vista,
Lo que prueba que recóndita
Lleva la hiel preparada
De una venganza traidora.
Así Beatriz medita
En su ventana á deshoras
De la noche, y así estando
Cercada de pavorosas
Aunque fundadas visiones
Creyó en la empinada loma,
Saliendo de las malezas,
Distinguir una persona.
El corazon á su vista
Con violencia latíola;
Los ojos clavó el embulto
Cuyo contorno en las lóbregas
Tinieblas no se distingue,
Mas cuyos pasos se notan,
Poco á poco aproximándose

Por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
Y en la plazoleta angosta
Que delante de la quinta
Deja la tierra escabrosa,
Paróse como dudando;
Al verle, la sangre toda
De Beatriz, aterrada,
Al corazon se la agolpa.

El Bandido. Me esperábais.

Beatriz. No por cierto,

Y la Virgen piadosa
Me olvide si esta venida
No es un gran pesar ahora.

El Bandido. ¿Cómo pesar? ¿y la carta?

Beatriz. ¡Carta!

El Bandido. Espresiva, amorosa,

Aunque indicando temores

Y augurándome zozobras.

Leal vuestro mensajero

Me la entregó en mano propia,

Señalando el mismo sitio

Que anoche y la misma hora.

Beatriz. Mirad que yo no os entiendo.

El Bandido (mirando en derredor).

(Habrà moros en la costa

Y disimula por eso.)

Beatriz. Vuestra merced se equivoca,

Yo no escribí carta alguna.

El Bandido. Aunque no entiendo, señora,

El empeño de negármelo

Cuando son justas congojas

Las que la oculta venganza

De Carlos os ocasionan,

Decid qué quereis de mí.

¿Qué es lo que os place que opongá

Contra sus pérdidas planes

Si con maña artificiosa

Le contrarresté, ó la fuerza

Con la fuerza corresponda?

Vuestro esclavo soy, y el serlo

Tengo á suerte tan dichosa

Que nada puede arredrarme

Por la que mi alma adora.

Conozco de vuestro hermano

La condicion ambiciosa,

Y la suerte que os aguarda

Si sus intenciones logra.

Si la fortuna le ayuda,

Libertad y hacienda os roba,

Pues vuestro encierro y clausura

Sus negros proyectos colma.

Iba á contestar Beatriz

A ofertas tan generosas

Agradecidas palabras,

Cuando á las aterradoras

Voces de ¡asírle! ¡matarle!

Como aparecidas sombras
Por la puerta de la quinta
Salieron varias personas
Con arcabuces y sables,
Con puñales y pistolas.
«¡Ese es! ¡ese es!» exclamó
Don Carlos con voces roncas,
Y se le echaron encima
Con voracidad rabiosa.
Hizose atrás el bandido
Empuñando su tizona,
Y lanzando un grito agudo
Que vibró largo en la atmósfera.
El eco en largo gemido
Lo llevó de roca en roca
De las ásperas montañas
Por las soledades cóncavas,
Y al punto entre los peñascos
Esta señal poderosa
Hizo brotar seis bandidos
Que de distancia harto corta
Hicieron una descarga
Oportuna y peligrosa.
Cayó Beatriz sin sentido,
Sin que humano sér la acorra,
Y trabóse en la maleza
Liza sangrienta y dudosa.
Iba á la par por momentos
Aumentándose la tropa
Que por instancias de Carlos
Iba llegando de Córdoba,
Y creciendo su cuadrilla
Como en las grutas mas hondas
Se internaban los bandidos
Con precaucion previsorá.
Oíase entre el tumulto
La voz recia y vigorosa
De los jefes que mandaban,
Y la voz aterradora
De los que heridos gemian
Con las postreras congojas.
Mas se retraen los bandidos
Que la peor parte logran,
Y los soldados avanzan
Aunque en marcha cautelosa.
De mata en mata, de árbol
En árbol, de roca en roca,
Ganan los unos la tierra
Que los otros abandonan;
Y así seguian trepando
Por las cuevas montañosas,
Cuando cesó de repente
La liza tumultuosa.
Como obedece á un conjuro
Turba de duendes diabólica,
Cual desaparecen al soplo
De un torbellino las hojas,
Cual leve monton de espuma

Que se sume entre las ondas,
Hundiéronse los bandidos
Entre la espesura lóbrega.
Hicieron alto los otros
Temiendo emboscada próxima,
Comentariando las causas
De tan estraña maniobra.
Dueños del campo se quedan,
Mas parece su victoria
Mas que triunfo vencimiento,
Pues nadie traspasar osa
A la otra parte del monte,
Ni nadie la suerte próspera
Con voz alegre celebra
De las armas vencedoras.
Volviéronse recelosos
Por las gargantas tortuosas
De la montaña á la quinta;
Y antes de apuntar la aurora,
Sin atreverse á seguir
Del bandido la derrota,
Con dos ó tres prisioneros
Se tornaron para Córdoba.
Y en vano los tribunales
A los presos interrogan,
Fieles á su capitán
Van en silencio á la horca.

X.

En rápida barquilla
De flores coronada,
Las cristalinas ondas
Surcamos al nacer,
Y el ánima inocente
Navega confiada
En cándida ignorancia
Sin riesgos que temer.

¡Ay! ¡es tan bello entonces
El mar! ¡tan engañoso
Sus limpias aguas dora
Reverberando el sol!
¿Quién no se augura entonces
Un dia tan dichoso,
Cual bello es su tranquilo
Y espléndido arrebol!

Mas ¡ay! ¡cual son del hombre
Los vanos pensamientos,
Los planes de ventura,
De dicha y ambicion!
Eternamente mira
Fallidos sus intentos,
Y solo alcanza sombras
Su pobre corazon.

Borrascas de la vida
Las sordidas pasiones

De la ventura humana
Se lanzan sobre el mar.
Del porvenir el faro
Espesos nubarrones
Sorben, y va la nave
Sin rumbo y al azar.

¿Quién guía su barquilla
Perdida y maltratada
Por las tinieblas densas
De la tormenta atroz?
¿A qué remota orilla
Podrá desconsolada
Llegar del marinero
La moribunda voz?

Los vientos arrebatan
Sus lúgubres lamentos,
Mas no para que lleguen
A oídos de piedad;
Los llevan para ahogarlos
En medio de los vientos,
Para aumentar con ellos
La horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;
En vano el ojo anhela
La luz hallar lejana
De un astro tutelar;
Tinieblas ve tan solo;
Ni un astro, ni una vela
Por el nublado cielo,
Por el furioso mar.

¿Adonde está, hácia dónde
La abandonada orilla?
¿Adonde la esperanza
Que nos lanzó á salir
De la segura playa?
¡Ay misera barquilla,
Ya Dios tan solo sabe
Cuál es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones
El lóbrego misterio!
¡El mar desconocido
De nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
Por su escabroso imperio,
Llamando paraíso
Lo que es un arenal.

Así camina á ciegas
La niña enamorada,
Así Beatriz navega
El mar de su pasión,
Batida de los vientos,
De escollos circundada,
En su barquilla frágil
Sin vela y sin timon.

Las viles asechanzas
De su ambicioso hermano
La minan su ventura,
La acechan por dó quier.
¿Qué hará, mansa paloma
En garras del milano?
¿Contra el injusto mundo
Qué hará débil muger?

Un voto (que hizo al cabo
Superstición impía)
A odiosa la condena
Y eterna reclusion...
Cuando ella enamorada
Lamenta noche y día
El ídolo perdido
Que adora el corazón.

¿Qué ha sido de Don César?
¿Quién fué, ¿contrario infame!
De la nocturna cita
El miserable autor?
En vano es que le busque,
En vano que le llame,
Acaso las montañas
Son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!
Tremendo era el ruido
Que por las huecas peñas
Crujía sin cesar:
De las descargas recias
El cóncavo estampido
No puede de su mente
Ni oídos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros;
Ha visto los heridos;
Mil veces de la lucha
Oyó la relación;
No dan los vencedores,
No tienen los vencidos
Noticias del que adora
Su triste corazón.

Las noches pasa enteras
Velando en su ventana,
Los ojos en la selva
Por sí le ve llegar;
Y acláranse las sombras,
Y apunta la mañana,
Y á quien aguarda ansiosa
No llega á su pesar.

Si la ama cuando sabe
Que abandonada queda,
Cuando su amor oculto
Tal vez le confesó,
¿Será que desprenderse
De sus promesas pueda?

¿Será que solo quiso
Escarmentarla? ah, no.

Que oyó las decididas
Palabras generosas
Que dirigió á Don Carlos
De su ventana al pié.
Cuando dejar ansiando
Sus cuevas montañosas,
Pidió su mano en prenda
De su futura fé.

Y así camina á ciegas
La niña enamorada,
Así Beatriz navega
El mal de su pasión,
Batida de los vientos,
De escollos circundada
Su misera barquilla
Sin vela y sin timón.

¡Tal es de las pasiones
El lóbrego misterio,
El mar desconocido
De nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
Por su escabroso imperio,
Y llama paraíso
Lo que es un arenal.

XI.

Al cabo de unos días en la estancia
De la triste Beatriz, Carlos entró,
Severo el gesto, pálido el semblante
Y alegre el corazón.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento
Remeda con hipócrita exterior,
Recóndito placer mora en su alma,
Colmando su traición.

Con gesto frío, con desden altivo
Que muestra que le infunde solo horror,
Y sin volver el rostro por no verle,
Beatriz le recibió.

Y él en pié en la mitad del aposento,
Ella hundida en el cóncavo sillón,
Entre el hermano y la infeliz hermana
Tal plática cruzó.

D. Carlos. Ya ves que el tiempo se pasa,
Y dice el doctor que ya
Tu salud completa está.
¿Qué hacemos en esta casa?
Beatriz. No disimules, hermano,
Lo que pretendes de mí,
Que estoy hecha á ver en tí
Mas que un amigo un tirano.

D. Carlos. ¡En mí, Beatriz! ¿qué razón...?
Beatriz. Deja esa humildad, que es vana
Para quien de esa ventana
Oyó una conversación.

D. Carlos. ¿Qué dices!
Beatriz. Lo cierto digo:
Ha de ser monja, dijiste,
Pese á quien pese.
D. Carlos. ¿Lo oíste
Tú?

Beatriz. Sí, por ese postigo.
D. Carlos. Pues bien, ya no hay disimulo,
Pues lo oíste eso ha de ser;
Que tú no te has de oponer
Al santo voto calculo.

Beatriz. Mucho me abrieron los ojos
Sus razones, y por eso
Que siento en mí te confieso
De no ir al convento antojos.

D. Carlos. ¿Qué es lo que hablas, Beatriz?
Beatriz. Jóven y hermosa, á mí ver
Me figuro que he de ser
En el mundo mas feliz.
Justo es consagrarse á Dios
Con un corazón leal,
Pero se parte muy mal
Un corazón entre dos.

D. Carlos. ¡Le amas! infame.
Beatriz. Sí, le amo.

Desde que vi tu falsedad,
De su amor mi voluntad
Escuchó el dulce reclamo.
Terrible es la tentación
Y en mí resistir no cabe,
Mas Dios es benigno, y sabe
Que hizo flaco al corazón.
Un vértigo irresistible
Mi mente débil trastorna,
Y en otra muger me torna
Un talisman invisible.
Amparo en mi duelo imploro,
Mas en alas del deseo
Por todas partes le veo,
En todas partes le adoro.

D. Carlos. ¡Oh vil corazón de tierra,
Que consagrado al altar
No quieres impío ahogar
El amor que en tí se encierra!
¿Sabes que el convento es
Tu fatalidad, tu sino?
Es el único camino
Que te se abre ante los piés
Cuantos mundanales lazos
Le interpongas ¡insensata!
Ese poder los desata,
Sí, los hace mil pedazos.
Corre, pues, del mundo en pos,
Mas mira, necia muger,

Como se muestra el poder
Y la voluntad de Dios.

Y así Carlos diciendo, unos papeles
A Beatriz atónita entregó,
Y al recibirlos su abrasada mano,
Tembló y su corazón.
Asaltóla fatal presentimiento,
Y una ojeada veloz
Echando á los papeles, la sentencia
Del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa cárcel
Fué sepultado y condenado en pos,
Y en el día siguiente ser debía
Puesto en manos del fiero ejecutor.

Los ojos á la fecha del impreso
La desolada Beatriz tendió,
Y desplomóse en tierra sin sentido.
La fecha era tres días anterior.

XII.

Treinta días despues, una mañana,
En una estrecha celda del convento
Donde estuvo Beatriz, agudo acento
Sonó de una campana.
Y á su cóncavo són estremecidas
Dos personas que habia en su recinto
En un suspiro lúgubre y distinto
Dieron señal de conservar sus vidas
Mas de una hora de silencio triste
Dentro del aposento ambas pasaron,
Severo el hombre y la muger llorosa:
Mas de una hora lenta y silenciosa
La campana esperaron.
Una muger y un hombre
Los que aguardaban eran;
Ella en espeso velo
Velar quiere su faz y desconsuelo,
Y en consecuencia callaré su nombre.
El hombre era un mancebo que embozado
Sin ceremonia alguna hasta los ojos
Mostraba los enojos
Que tal vez le traian acuitado,
En su inquieta mirada
Y en su postura incómoda y forzada.
De la campana al són él fué el primero
Que se alzó de su silla,
Y la faz melancólica, amarilla
De Don Carlos mostró bajo el sombrero.
Fijó en su compañera
Una de sus miradas
Confusas y taimadas,
Entre desconfiada y altanera,
Y con pausada voz y bronco acento

Así la dijo, y contestóle ella
De grave reflexión tras un momento.

D. Carlos. ¿Con que profesas por fin?

Beatriz. Es la voluntad de Dios.

D. Carlos. ¿Y te sometes con gusto?

Beatriz. Con santa resignación.

Cuanto estorbarlo pudiera
De delante me quitó,
Abrió bajo de mis plantas
La senda de salvación,
Y el rumbo de mi destino
Tan claramente marcó,
Que no tuve voluntad
Ni excusa en tal elección.
Amor sentí solamente
Por un hombre que murió,
Y por el cual siempre hubiera
Vacilado el corazón.
Tal vez en este momento,
Al elegirme un señor,
Tornárame á él si viviera;
Mas no es dura imposición
La que de este amor exige
El destino vengador,
Si me condena á vivir
En silencio y oración,
Rogando por él al cielo
Que mi inocencia miró.
Y esto baste, hermano mío,
De este asunto entre los dos;
Olvido al umbral del claustro
Lo que en el mundo pasó.
Sed, pues, hermano Don Carlos,
En él tan dichoso vos
Como en mi celda encerrada
Ser dichosa esperó yo.
Yo os perdono los pesares
De que habeis sido ocasión,
Todo cuanto á mí me toca,
El mal que á él hicisteis, no.
D. Carlos. Fué guerra noble y leal,
Suya la provocación,
Tuve mas suerte ó mas tino,
Y yo vencí y él cayó.
Beatriz. Callad, hipócrita vil,
Callad, lengua de escorpion,
No le vencisteis cual noble,
Le vencisteis cual traidor.
D. Carlos. ¡Beatriz!
Beatriz. Basta: vendrá un día
En que á la par él y yo
Os demandemos su muerte
Ante el tribunal de Dios.
D. Carlos. No faltaré á responderos.
Beatriz. Basta, hombre sin corazón;
Quede desde este momento
Todo el mundo entre los dos

Yo cumplo así de mi madre
El voto, y guardo mi honor,
Y vos cumplís los deseos
De vuestra enorme ambición.

Y en esto oyéronse pasos
En el largo corredor
Dó estaba abierta la celda,
Y entraron en procesion
Con blandones en las manos,
Grande aparato y rumor,
Las monjas con el obispo
Que á la monja apadrinó,
Y el coro de los cantores
Y el padre predicador.
Y tras muchas ceremonias,
Y tras de larga oración,
Llevaron á Beatriz
Al ara en que profesó.
Nadie preguntó en la iglesia
Si tenía vocación
Para monja la novicia,
No si iba gustosa ó no.
Hubo por oír y ver
Las ceremonias mejor
Alfilerazos de á terciá,
Grita, vaiven y empujon.
Mucha música de orquesta,
Mucho chantre de honda voz,
Muchos chicos, muchos calvos,
Muchos mozos de intencion
Muy profana, y de curiosos
Incomparable monton,
Muchísima irreverencia
Y muchísimo calor.
Y con esta tumultuosa,
Solemne inauguración,
Vió el pueblo una fiesta mas
Y Beatriz monja quedó.

XIII.

Quedó monja Beatriz, lector querido,
Y aunque triste, tranquila
A su suerte con fé se ha sometido,
Y en ella no vacila.
Los usos del convento
No la molestan ya, ni el abandono
Del claustro apesadúmbra un momento.
De santa calma y de virtud modelo,
Olvidada del mundo,
Vive esperando el futuro cielo.
Delicioso y suave, aunque profundo,
Recuerdo de pesar tal vez la acosa,
Y aunque al silencio y la oración acude,
La sombra de Don César amorosa
No aleja ni sacude
De su mente exaltada y calurosa.

Mas ¡ay! vision de su alma solamente
En su memoria solamente vive,
Solo ella la concibe
Para adorar en ella eternamente.
Mas muerto ya el galán, de su memoria
Por apartar no lucha
Su desdichada historia,
Y de su corazón la voz escucha.
Y en su oración acaso solitaria,
Tal vez la niña ignora
Si cuando atenta ora
A él ó por él dirige su plegaria.
Así pasa la vida
La hermosa Beatriz, á su fortuna
Con calma sometida,
Y al mundo vil sin conservar ninguna
Afición corrompida.
Y así un día en el coro,
En hora bien temprana,
Salmos al són del órgano sonoro
Elevaba á la Virgen soberana,
Y con intensa devoción oía
Los divinos oficios, y los ojos
En el lejano altar lijos tenia,
Cuando como una sombra que evocada
De la tumba saliera,
La figura de un hombre recatada
Cruzó la nave, y rápida mirada
Fijó en los ojos de la monja, y fiera
Convulsion asaltó de la novicia
El corazón medroso;
Y algun atento observador dijera
Que su vista fatal la maleficia.
El hombre misterioso
Se arrodilló del coro ante la reja,
Y aunque vuelto de espaldas, el embozo
Su contorno real mirar no deja,
Muestran que es noble y mozo
La rizada guedeja
Que asoma sobre el cuello,
Y el puño que se alcanza de su espada,
Con primor cincelada,
De su señor en él la cifra y sello.
Los ojos de la monja
Si fuego en vez de luces despidieran
La espalda del incógnito abrasaran,
Y á fé que presto su atención llamaran
Y á los suyos sus ojos se volvieran.
Inmóvil, afanosa
En batalla interior, mas no espresada,
Mas de una hora mortal la niña hermosa
De hinojos se mantuvo, y su mirada
No se apartó del hombre misterioso
Que oraba ante la reja silencioso.
Mil lisonjeros sueños,
Mil bellas fantasías,
Mil fútiles manías
La mente la asaltaban,

Y el débil corazón la estremecian
Con mentidos delirios halagüeños.
Mas los oficios ya se concluían,
Y del coro las monjas se alejaban,
Y el hombre estaba en su lugar de hinojos
Y Beatriz en él fijos los ojos.
De devoción esceso lo juzgaron,
Y la madre abadesa
Dió de no interrumpirla orden espresa,
Y en el coro á Beatriz sola dejaron.
El embozado entonces
Apoyando en las verjas una mano
Para ponerse en pié, dejó profano
Un billete caer sobre la alfombra
Delante de la monja, y la ancha nave
Volvió á cruzar como evocada sombra.
Asió maquinalmente
El billete Beatriz, y aquel parándose
Delante del umbral, desembozándose,
Su faz mostró á la monja de repente.
Dió un grito Beatriz hondo y doliente,
A los hierros del coro abalanzándose;
Mas en el punto mismo,
Levantando el tapiz huyó el incógnito
Cual si sorbido hubiérale el abismo.
¿Con cuánto afán leía
Un momento despues allá en su celda
El billete Beatriz! Y aun no queria
Dar á la realidad asentimiento,
Porque en su pensamiento
La realidad amarga no cábia.
Mil veces le leyó y otras mil veces
Tornó á su negra duda,
Hizo y dijo un monton de insensateces
Sin razon que la acuda.
Ya sin tino reía,
Ya doliente lloraba,
Ya con íntimo afán desesperaba,
Y á voces su destino maldecía
Y la faz se mesaba.
«¿Con que vive? decía,
¿Vive? ¿necia de mí! ¡y en este encierro
Mientras él por el siglo me buscaba
Labré mi tumba y preparé mi entierro!
Llámame desleal, pérfida, ingrata
Y de mí se despide.
¡El pesar ó la cólera me mata!
¡Y parte! y el misterio de su muerte
No explica en su papel... ¡Cielos tiranos,
Con qué estrella nació! ¡cuán dura suerte
Me dan vuestros decretos inhumanos!»
Y así Beatriz diciendo,
Y con furia inaudita,
El billete en pedazos esparciendo
En un hondo sitio se precipita,
Contener no pudiendo
La estraña convulsion con que se agita.

Mil proyectos insensatos,
Mil ideas de esperanza,
El despecho y la venganza
Ofuscando su razon
Le traen al pensamiento,
Y la ira y la amargura,
Y el coraje y la pavora,
La roen el corazon.

Profunda melancolía
A traicion se le devora,
Vibora envenenadora
Que con él ha de acabar,
Y lenta é inestinguible,
Que ni respirar la deja,
Fiebre ardorosa la aqueja
Que se aumenta sin cesar.

Hierve en sus venas la sangre
Sin alivio de un momento,
Acosan su pensamiento
Mil delirios en tropel:
Asaltan su fantasía
Mil imposibles antojos,
Y llanto vierten sus ojos
Mas amargo que la hiel.

Y despues de largas horas
De buscarla en el convento,
La hallaron en su aposento
Casi fuera de razon,
Y temiendo por su vida,
Su palidez contemplando,
Remedios amontonando
En su torno en confusion.

Las pobres madres atónitas
Con los deseos mejores
Enviaron por sus doctores
Con precisa prontitud;
Mas una sola palabra
De Beatriz no sacaron,
Ni de sus drogas lograron
Probar la oculta virtud.

Los miserables empíricos
No aciertan con su dolencia,
Nadie logrará la ausencia
De su repentino mal;
Y en vano su ciencia apuran,
Sus elixires destilan
En vano; no, no aniquilan
Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida
Por fuego íntimo y secreto,
Busca en vano un amuleto
Contra tal desolacion;
Mas en vano los doctores
Con sus brebajes la afligen

Si del mal está el origen
En su ardiente corazon.

¡Ay! ¿qué saben quien su llanto
Ocasiona y sus suspiros,
Ni quien tan fatales giros
A sus desvarios da?
« ¡Lejos de mí! grita á impulso
De su horrible calentura.
¡Vuestra vista es mi tortura!
¡Quién de vos me librará!

¡Lejos de mí! ¡lejos, lejos!
Fieros espectros con tocas,
Que con hipócritas bocas
Me predicais la virtud,
Y con fraternales manos
Me habeis tejido este traje
Con que mas horrenda baje
Despechada al ataud.

¡Lejos, dejadme tranquila!
Me estais ahogando... aire dad
Abrid las rejas... dejadme
El ambiente respirar... »
Y así Beatriz diciendo
Se desespera y se agita
Con violencia inaudita,
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
La debilita y la esténua
Y en un letargo se aténua
De su delirio el ardor,
Y las madres aterradas
Conjuran con oraciones
De sus horrendas visiones
El tropel fascinador.

Mas ¿quién sabe lo que puede
De una pasión el arrojó?
Como á impulsos de un antojo
De enfermo que la asaltó,
Pálida como un espectro
A la mañana siguiente
En el coro de repente
Beatriz se presentó.

Hincóse junto á la reja,
Grave devocion fingiendo
Y las miradas tendiendo
Por el templo desde allí,
Y en un pilar apoyado
Con semblante de tristeza
Vió al misterioso embozado
Aunque grave y sobre sí.

¡Y quién medir osaría
Hasta qué término alcanza

El arrojó y la esperanza
De una rebelde pasión!
Nadie; es un libro cerrado
De quien nadie sabe el uso:
Secretos son que Dios puso
Del hombre en el corazon.

XIV.

Una semana despues,
en noche sombría y triste,
Mientras doblaba en la torre
El esquilon de maitines,
Por un callejon estrecho
Y lóbrego, donde limites
Tiene el convento, y dó llegan
Las tapias de los jardines,
Ponia un hombre una escala
Sobre ellas, y á que le inviten
Con seña quedó esperando
De aquella escala á servirse.
Favorécele la noche,
Que es tan oscura, que impide,
Que las tinieblas rasgando
Ni un astro en el cielo brille.
Aspero viento de octubre
Azota la tierra, y gime
Próxima lluvia anunciando
Con neblina imperceptible.
Todo en la ciudad reposa,
Ni un viviente se percibe
Por los calles, ni una luz
Que turbia las ilumine.
Solo á lo lejos se escuchan
Las agudas y sutiles.
Notas del canto del gallo,
Y el ronco són que al oírle
Lanzan ladrando los perros
Y que los ecos repiten,
Y no hay en el barrio entero
Quien por el barrio vigile.
Medrosas horas son estas,
Y que el espíritu afligen,
Porque despiertan los vanos
Sueños que en el alma viven.
Horas en que mil fantasmas
Se levantan invisibles,
Y al rededor nuestro vagan
Y que nuestra fé persiguen
Por ver si logran acaso,
Que la fé nuestra vacile
Con el pavor y el recelo
Que al corazon comuniquen.
Horas medrosas son estas,
Porque siempre las eligen
Los que crímenes proyectan
Para sus juntas y crímenes.

Mas sin pavor ni recelo,
Con ánimo osado y firme,
El de la escala la calle
Con pasos pausados mide.
De cuando en cuando parándose,
Hasta el aliento reprime
Por si oye lo que sin duda
Espera que ha de advertirle.
Mas ni la calma le enoja,
Ni la neblina que sigue
Calando sutil su capa:
Ni en sí pueden descubrirle
Piensa, segun lo tranquilo
Que permanece, el repique
Oyendo del esquilon
Y el eco de los maitines,
Que viene á ahogarse en los aires
Que hiende apenas sensible.
Señal cautelosa en esto
Sonó dentro los jardines
Del convento, y de la escala
Empezó el hombre á servirse.
Recogióla desde arriba,
Y comenzando á escurrirse
Del lado opuesto, la calle
Dejó enteramente libre.

Y en un retirado asiento,
Escondido entre unos árboles,
Entre sentada y tendida
Una muger triste yace.
Y el hombre que por las tapias
Saltó, á sus piés arrojándose
Así la dice, y así ella
En los brazos estrechándole.

Ella. ¿Con que es verdad que no has muerto?
Él. Solo un hombre tan infame [to]
Como tu hermano pudiera
Tan gran falsedad contarte.

Ella. Mas yo lei tu sentencia.

Él. Sí, pero tres dias antes

Carta de indulto el rey quiso,

Como yo esperaba, enviarme.

Ella. ¡Ay necia que le he creído!

Él. Espero que sincerarme

No necesito contigo

De mis hechos ni mi sangre.

Ella. No, César, que los conozco

Desde una noche escuchándote

Os sorprendí en mi ventana,

Pidiendo á Dios que me amases

Como yo te amaba á ti

De verte desde el instante.

D. César. ¡Maldita sea, Beatriz,

Mi fortuna miserable!

Si entonces mi entendimiento

El porvenir penetrase,
No con tu hermano mi tiempo
Pasara en pláticas tales.
El corazón á estocadas
Valiera mas traspasarle.
¡Oh! mi conciencia está libre.
Mis hazañas criminales
Como chistes se celebran;
Poseo riquezas grandes
Y un valor tradicional
Que de mucho me precave;
Yo tengo patria y amigos;
Mas ¿qué todo ello me vale
Si el único bien que anhelo
Es sólo el que no me cabe?
¡Ah, te engañaron, Beatriz,
Y á mi debieron matarme!

Beatriz. ¿Me aterras, César! ¿Acaso
Mi monjio es mal tan grave
Que no queda medio alguno...?
D. César. ¡Oh, calla, inocente! nadie
Puede romper tus cadenas
Con motivo semejante.
Si la voluntad de todos
En este negocio entrase,
Yo lo compusiera en Roma
A costa de mis caudales;
Pero opuesta tu familia
Mas que á tu amor á tu enlace,
Y espuestos de ese Don Carlos
A los ardidés cobardes,
Es imposible del todo.

Beatriz. Tú quieres desesperarme;
Tus palabras son efugios
Solo para abandonarme.
D. César. Calla, Beatriz, que me ofendes:
No hay sacrificios capaces
De contener mi ardimiento
Cuando de tu amor se trate.

Beatriz. Pues bien, huyamos de aquí,
César; de este infierno sácame,
Donde sabiendo que vives
Imposible es sujetarme.
Yo misma, sí, con mis manos,
Sin que mucho tiempo tarde
Me daré muerte, si pronto
No me matan mis pesares.
Sé, César, que son ahora
Mis intentos criminales,
Mas no me culpen á mí
Sino á la suerte implacable.

D. César. ¡Pero y los votos!
Beatriz. Son nulos,
Pues los pronuncié ignorante,
Despechada de perderte,
De la voluntad sin parte.

D. César. ¡Ay Beatriz, todo el mundo
No pudiera, no, aterrarme

Con su justicia impotente,
Ni sus leyes despreciables;
No hay peligros en la tierra
Que me arredren ni me espanten;
Mas creo en el cielo y temo
Contra su ley rebelarme!

Beatriz (levantándose). Ya me lo temia,
¡imbécil!

¡A Dios para siempre, parte!
D. César. Aguarda, Beatriz, escucha.
Beatriz. Ya á espacio podrás hallarme.
D. César. ¿Adonde?
Beatriz. En la eternidad,
A donde voy á esperarte.

D. César. No ¡vive Dios! despechada
No has de quedar, ni marcharme
Podré yo falso creyéndome,
Ni así enojada dejándote.
Habla, ¿qué quieres? ¿qué exiges?
Los horrendos peñascales
De Córdoba están abiertos:
Si las fronteras distantes;
Si no hay tiempo á otras regiones
Lejanas para llevarte,
Volveré á ser bandolero.
¡Elige, pues, si te place!

Beatriz. ¡Ah! tú eres, sí, te conozco
En tus ofertas leales;
Tú eres, sí, tú eres mi César
Siempre generoso y grande.
Vamos, pues.

D. César. Hoy imposible:
Nuestra fuga que prepare
Deja, ó disponte á morir
Malogrados esos planes
De felicidad futura.

Beatriz. ¿Cuándo, pues?
D. César. ¿Cuándo? cuanto antes.
Beatriz. Mañana mismo.
D. César. Mañana.

Yo haré que nada nos falte;
Caballos, oro y amigos
Que las espaldas nos guarden.
Beatriz. A Dios, pues, y hasta mañana,
Que ya las hermanas salen
Del coro, y curiosa acaso
Vaya alguna á visitarme,
De mi salud cuidadosa.

D. César. Vé, y mañana alerta estate.

Cruzó la monja el jardín,
Y el bandido, asegurándose
De la pared por la escala,
Volvió á bajar á la calle.
Quedó otra vez en silencio
Todo allí, y volvió á escucharse
En la oscuridad tranquila
El són del agua y del aire.

XV.

Si debe temer al cielo
Quien en nombre suyo jura,
Por un objeto de tierra
Promesa mundana y sucia,
¿Qué no ha de temer quien votos
A faz del cielo pronuncia,
Y temerario los rompe
Y con voluntad segura?
Así los sabios lo dicen,
Y las sacras Escrituras
Cuentan ejemplos que muestran
De Dios la venganza justa.
No hay nadie que á Dios iguale,
Y con ningun ser en suma,
Lo que se le ofrece á Dios
Puede dividirse nunca.

Es la apalabrada noche
Para la resuelta fuga
De Beatriz, y la hora
Señalada el reló anuncia.
Don César está en la calle
A la sombra de la única
Puerta que hay en toda ella,
Y entre dos postes oculta.
Beatriz en la misma hora
Con planta medrosa cruza
Del gótico monasterio
Las galerías oscuras.
Su misma accion criminal
Que su conciencia la acusa,
El corazón y la mente
La amedrentan y la turban.
Flaqueanle las rodillas,
Y con la congoja suda,
Y mil temores la asaltan,
Mil diabólicas figuras
Presentándola á los ojos
Que feas sombras la anublan,
Y de medrosas memorias
Recordándola ancha turba.
Una bujía en la mano
Lleva, que apenas alumbra
Sus pasos, porque vacila
Al soplo del aura húmeda,
Y cuyo esplendor escaso
Tragan, consumen y ofuscan
Las gigantes dimensiones
De las estancias que ocupa.
Llegó por fin poco á poco,
A merced de su luz turbia,
Al coro que abandonado
Yace en soledad profunda.
Ante un altar dó hay un Cristo
De primorosa escultura,

Una lámpara de plata
Esparce luz moribunda.
Ya á sus trémulos reflejos
En muchedumbre confusa,
Cuantos objetos se alcanzan
Se confunden y se ofuscan.
Una llamarada á veces
Todos los mezcla y los junta,
De modo que se recela
Que las bóvedas se hundan:
Y otra llamarada á veces
Con su claridad sulfúrea
Los aleja de tal modo
Que se pierden en la hondura
De la masa de tinieblas
En que los cerca y sepulta.
Fuerza es que á la pobre monja
Respeto y pavor infunda
Este lugar con el miedo
Que sus creencias abulta.
Mas con un violento esfuerzo
Sobre su misma pavora,
Avanzó al medio del coro
Hacia la puerta que busca.
Involuntario respeto,
Fé que el corazón la impulsa
En semejante momento,
Y antigua costumbre justa,
La hicieron arrodillarse
Ante la santa escultura
Del divino Redentor.
Mas ¡cielos! ¿cuál fué su angustia
Cuando al querer levantarse
Sintió que una mano enjuta
La asia por los cabellos:
Y una voz oyó mas ruda,
Mas poderosa que el eco
Que con el trueno retumba,
Que la dijo: « ¿Dónde vas? »
Enojada é iracunda.
Cayó Beatriz en tierra,
Sin sentidos que la acudan,
Y apagándose la lámpara,
Todo quedó en sombra muda.

Pasaba en tanto la noche,
Y allá en la calle Don César,
Hora tras hora aguardando
Pasaba la antigua seña.
Mas nada en torno se escucha,
Nada en los jardines suena
Mas que el rumor de las ramas
Que agita el viento que arrecia.
La lluvia cae aumentándose
Tan furiosa y tan espesa,
Que aun á pesar del embozo
La faz le azota y le ciega.

Noche de angustia y de duelo,
Terrible noche es aquella
En que hasta los elementos
A sus proyectos atentan.
Por fin, de esperar cansado,
Y viendo ya al alba cerca,
Juzgó que para otra noche
Su fuga la monja deja.
«Mañana volveré, dijo,
En los oficios á verla
Y esplicará este misterio
Una carta ó una seña.»
Y así pensando, embozándose
Precavido hasta las cejas,
A abandonar se dispuso
La lóbrega callejuela:
Mas al llegar á la esquina
Otro embozado que llega
De la otra parte á doblarla
Casi por la misma acera:
«Quién va?» dijo echando mano
Al estoque.—«Sea quien quiera,
Pasad por vuestro camino,
Que estorbároslo no intenta.
— Yo conozco vuestra voz.
— Y yo conozco la vuestra.
— No me ayuda la memoria
A poder reconocerla.
— Ni á mí tampoco, aunque siento
Que la sangre se me altera
Tan solo con escucharla.
— Mas ¡voto á Dios, tú eres César!
— Y tú Carlos.— Sí.— Defiéndete.
— Y tú también, porque acierta
Mi corazón el motivo
Porque en tal sitio te encuentras.
— Por tu hermana solamente
Que te maldice en su celda,
Y que de toda su vida
Te pedirá un día cuentas.
— No serán mientras yo aliente
Realizadas sus ideas.
— Habla menos y da mas,
Que se agota mi paciencia.
— Ven pues.
— Voy y Dios te ayude,
Que pues nos junta lo aprueba.»

Chocáronse con estrépito
Las hojas en las tinieblas,
Y comenzaron las manos
Donde acabaron las lenguas.
Con ira riñe Don Carlos,
Y con coraje Don César,
Y ambos muestran igual brio,
Y entrambos igual destreza.
Ni el uno ni el otro ceden,
Ni pierden un pié de tierra,

Clavados están los dos
Por las plantas á las piedras.
Cansado Don Carlos ya
De ver tan igual pelea,
Todo á un golpe lo aventura
Con cólera manifiesta;
Mas una fiera estocada
Al tirar contra Don César,
Y huyendo este, y dando en vag.
Fuésele el cuerpo tras ella.
Y el enemigo que á tiempo
Ventaja tal aprovecha,
Pasóle de parte á parte,
Y dió blasfemando en tierra.
Brotó espumosa la sangre
Por las dos bocas opuestas
Que en la espalda y en el pecho
Dejó el ancho hierro abiertas,
Y el espíritu Don Carlos
Lanzando á la par por ellas,
Quedó en la calle sin vida,
Y huyó vengado Don César.

XVI.

CONCLUSION.

A la mañana siguiente
Y apenas despuntó el sol,
Ya Don César á la puerta
Del convento se apostó:
Y apenas abrió el portero
El claveteado porton,
En un rincón de la iglesia
Cual siempre se colocó.
La hora de los oficios
Vibró lenta en el reló,
Y doblaron las campanas
Con desusado clamor.
Fueron al coro las coronas
Saliendo de dos en dos,
Y colocándose fueron
De un féretro en derredor;
Y en vez de salmos alegres
De los justos en loor,
Los salmos de los difuntos
Cantaron en ronco són.
Sus solícitas miradas
Por todo el coro tendió
Don César, mas quedó al punto
Petrificado de horror.
La sangre cesó en sus venas
De hervir, y en el corazón
Como témpano de hielo
Toda á un tiempo se agolpó.
Espesa niebla en los ojos
Con rápida oscilación
Le confundió los objetos,

Y al cabo le mareó.
«¡Es ella!» dijo espantado,
Y entendiendo con pavor
Todo el horror del suceso,
Ante las verjas cayó,

La muerte de Beatriz,
Con religioso temor,
Un hombre al volver en sí
Ya en la calle le contó.
Y aunque dió á toda la historia
Profana interpretación,
En ella entendió Don César
El llamamiento de Dios.

Bañado en amargo llanto
A los piés de un confesor
El espantoso relato
Depuso de su pasión.
El amor de Beatriz,
Con el rapto que intentó,
Y la muerte de Don Carlos
Hecha en la noche anterior;
Y traspasada su alma
De hondísima contrición,
A las montañas de Córdoba
Desesperado volvió.
Mas no pensó en habitarlas
Como oculto saltador,
Sino como penitente
Pidiendo al cielo perdón.